

PRIMERA MENCIÓN

# Búsqueda

---

Carlos Eduardo Labrada Vargas  
Auxiliar de Biblioteca  
Vicerrectoría General  
[auxbiblioteca@uniagustiniana.edu.co](mailto:auxbiblioteca@uniagustiniana.edu.co)



*Hay palabras que se retraen, que se niegan,  
porque tienen demasiado significado  
para nuestros oídos cansados de palabras.*

*José Saramago*

A mi poema le hace falta una palabra. No la encuentro en ningún diccionario o libro, en ninguna esquina. No está en los parques. No viene a mí por más que la he esperado mucho tiempo.

Mis amigos cercanos, preocupados por mi búsqueda de antaño, me han aconsejado que deje así y que use cualquier término que se me venga a la cabeza para terminar mi poema. Pero les he leído el poema con la primera palabra que encuentro y han rectificado su punto de vista. Todos los días, en la mañana, busco mi chaqueta y salgo a la calle para escuchar a las personas. Llevo en mi bolsillo el poema incompleto y un lápiz, repaso mentalmente el poema usando la palabra que le escucho a la señora o al niño que pasa a mi lado. Todo suena cacofónico o pierde el sentido. Hay otras palabras que le quitan fuerza o que simplemente no son. Y continúo buscando por ahí, con las manos en los bolsillos y mi hoja de papel cada vez más arrugada.

Los sábados he decidido ir a la librería. Allí repaso los títulos de los libros que veo y los imagino en mi poema. Algunos títulos me dan indicios, otros me alejan o me confunden, hay unos títulos jocosos que llaman mi atención y aseguran que sus letras de color claro residirán bien en mi poema, pero yo no los escucho y sigo mirando. Camino lentamente y el librero ya me conoce, me mira con desgana porque sabe que no llevaré ninguno de sus libros, y yo lo saludo, aunque no me dé lo que necesito. Siempre salgo de la librería remirando los títulos en el mostrador de cristal.

Los domingos, en cambio, voy a la biblioteca y tomo cualquier libro: escojo una página al azar y le empeño todas mis esperanzas.

Espero encontrar allí lo que busco, leo sin parpadear y examino cada letra, cada coma, hasta estar seguro de que mi palabra no está allí. Luego escojo otro libro y empleo la misma técnica con más cuidado. He ojeado todo el acervo de literatura y por eso conozco la ubicación de cada libro. Muchas veces permanezco allí y le pregunto a las personas, qué necesitan, y les ayudo en su búsqueda. Luego, amigablemente, curioso y me atrevo a preguntarles cuál, para ellos, es la palabra más rara que conocen. Así me quedo, toda la tarde, hasta que me piden el favor de retirarme.

Cuando inicia la semana salgo a la calle y camino por el parque. El viento me da en la cara y yo cierro los ojos y abro el alma para recibir esa palabra... que nunca termina de llegar. A veces, que es cuando más cerca me siento de mi objetivo, busco una excusa para visitar a Carol. Hace días descubrí que ella tiene la palabra, pero no se lo he contado para no incomodarla.

—Hola —le digo cuando abre la puerta—, Diana dijo que me buscabas, ¿pasa algo?

Ella se extraña, y me dice que no, que todo está bien. Le pregunto si puedo pasar y ella lo permite. Y es ahí cuando respiro esa palabra, cuando casi la toco con mi lápiz; si ella camina delante de mí, siento en el aire esas letras que busco; cuando ella habla y la miro, falta lo que Dios no puede hacer para terminar mi poema.

—¿Y, sigues buscando tu palabra? —me dice Carol mientras acaricia su gato.

La palabra es tuya; tú la tienes, pienso.

—Sí, a veces... ¿Tú mamá cómo está?

Y ella habla y habla, mientras yo casi veo la palabra en sus ojos, en la manera en que mueve sus manos cuando acaricia a su gato o toma las mías; en su cabello negro o en sus labios. Pero este vocablo no me es del todo dado y sus letras llegan a mí desfiguradas

y en el orden errado. Debo esperar un poco y hacer que ella siga hablando, que me siga mirando hasta que la palabra se manifieste.

Pero siempre que falta solo un poco, ella advierte que se hace tarde y que debo irme. Y yo no puedo hacer más que asentir y marcharme.

Cuando llueve, salgo a mi terraza y hurgo las matas de mis vecinos. Escarbo, busco, me unto las manos de tierra húmeda, y no hallo nada. Cuando escampa, tomo mi abrigo y vuelvo a salir. Camino por las calles, saludo, escucho a la gente. Me paro en un café, pregunto por el diario, no lo leo y lo dejo, continúo caminando hasta que se esconde la tarde. Si llego a mi casa y no estoy muy cansado, escucho la televisión sin verla, examinando cada palabra que me llega, escribiéndola en el papel y tachándola después. Luego descanso, pensando.

Pienso y entonces duermo. No obstante, los últimos meses duermo mal y sueño cosas extrañas. Sueño con personas y tengo conciencia de que cada una es llamada por una letra. El hombre de rojo es *Q* y la joven de cabello largo es *I*, al otro lado, sonriente, me saluda mi nuevo amigo *H*. En el final del sueño, siempre he reunido un grupo de amigos. Cada uno tiene la personalidad de su nombre. *Q* es algo arriesgado y se entiende con *E*, que suele esconderse para no hablar mucho. *I*, en cambio, resalta sobre los demás y su voz es aguda, me habla y yo la escucho sin entender, pero asintiendo. Así, cuando veo que mis amigos son los suficientes para armar una palabra, les pido que se queden quietos para examinarlos. Entonces, mi visión se hace borrosa y todo comienza a girar y a derrumbarse, mis amigos ríen y yo no logro enfocar la palabra que ellos componen y pronto, como el sol cuando se marcha, el espacio se vuelve oscuro y empiezo a despertar.

Cuando despierto, pienso siempre en visitar a Carol, pero algo hace que no sea así siempre. Sin embargo, caminando inconscientemente,

varias veces he terminado en su puerta, decidiendo si golpear o seguir caminando. Cuando golpeo, no siempre atiende ella, muchas veces aparece su hermano y me informa que salió. Me despido y camino con algo de nostalgia. Otras ocasiones, en cambio, ella abre la puerta, siempre sonriente. Me convida a pasar, lo hago luego de abrazarla, me acomodo mientras ella me cuenta sus cosas, diciendo muchas palabras.

—... Sí, me ha ido muy bien y viajo el mes que viene, con la Laura, ¿la recuerdas?

Le pregunto adónde va a viajar y por qué ese lugar, y si ya ha ido a este otro o a aquel... Ella abre y cierra los labios mientras habla, mueve sus manos, sus ojos van y vienen ocultando descuidadamente un mensaje que busco. Y yo saboreo esa palabra aún indecible que le falta a mi poema, la hoja de mi bolsillo se crispa y mis nervios están al límite cuando ella se sienta a mi lado y continúa hablando. Decido tomar su mano y desvío la atención en ello haciéndole una pregunta cualquiera. Ella, entonces, se acostumbra a tener sus manos entre las mías y así continuamos hablando, ella más que yo, por supuesto, que acudo allí solo a escuchar, a auscultar esa magia de ella, que le hace falta a la poesía que escribo.

Entonces, el tiempo toma la velocidad que no debería y corre, corre airado por donde normalmente camina y se ríe de mí cuando pasa diciéndome con señas que ya es la hora de marcharse. Pareciera que también le da aviso a Carol, porque ella, soltando mi mano levemente, me señala con sus ojos grandes la hora en el reloj.

Cuando me marchó, ya sea de los lugares en que he vivido, de la banca del parque o de la cómoda casa de Carol, indefectiblemente lo hago despacio y siempre escrutando todo lo que pasa a mi alrededor. Lo hago inconscientemente, trato de despistarme de la realidad y de buscar cosas que muy pocos buscan, como el olor verde del pasto recién cortado, la armonía cómica de los gestos

de un perro, o una palabra. A esta última, la busco muy seguido, especialmente, en los últimos meses. Es una búsqueda que normalmente me toma una o dos semanas, que es lo que tardo en terminar un poema y mostrarlo a mis amigos o guardarlo en mi cajón para dejarlo ahí siempre. Pero debo decir que estos últimos meses no he podido escribir nada, mi pluma ha decidido no hacerlo más y sostiene una tregua cruel con mi imaginación. Cuando escribo, solo puedo pensar en Carol y esto trae, por supuesto, versos cursis y lugares comunes en todos mis pensamientos y en mi hoja. No llego a intuir una buena imagen y escribirla. A veces solo la imagino y, cuando la escribo, ya no es buena. Esto es, según creo, porque en mi bolsillo hay un poema que no está terminado y que estorba al siguiente con su protesta.

Es cierto lo que dijo Julián, mi amigo, cuando le reclamé que no me era dado escribir más. Me dijo, luego de reflexionar, que los poemas eran hijos pequeños, a los que hay que terminar de formar para que puedan marcharse; si no se forman en el momento debido, ellos crecen y se vuelven una carga, que molesta en un costado de la espalda, en el lugar donde se acomoda el alma de cada poeta. En ese momento, esa idea me pareció un poco extraña, sentí ese comentario como una pretensión de idealización que mi realidad de entonces no necesitaba. Pero ahora, que en mi bolsillo derecho titila una hoja arrugada reclamando una sola palabra, siento esa afirmación de mi amigo como una verdad impecable que no se puede refutar.

La verdad es que, cuando me di cuenta de esto, ya era tarde. Me empezaba a entristecer más seguido y ya no quería repasar el trozo de papel que llevaba siempre. Cada vez más, caminaba solo por las calles o tomaba un bus y permitía que me llevase al final de la ciudad; luego, caminaba de regreso, siempre huraño, tímido, incompleto. En las noches, ya no tomaba mis libros y me acercaba a las palabras, ahora solo quería rehuirlas. Por eso mismo,

paulatinamente, fui haciéndome más callado y por lo tanto más irascible. Desde entonces recibía consejos de mis amigos y de Carol, pero solo estos últimos lograban conmoverme un poco. Ella me decía, con su simpatía pausada de siempre, que dejara el poema para otro tiempo, que quizás con una lectura más adelante se esclarecerían mis ideas. Pero yo la contrariaba cuando le señalaba que, si no terminaba de escribirlo, no podría crear más. En esos días, siempre terminábamos así, sin entendernos y con la amenaza del tiempo que volvía a alejarnos. Solo un día, cuando me acompañaba a su puerta para despedirme, le dije, sin ninguna pretensión: —Caro, ¿y si me dejas quedar adentro? Puedo dormir en cualquier lugar.

Ella, si no me engaño, quedó un momento quieta y titubeó con su voz baja. Fue allí cuando medí la severidad de mi proposición y se alzó mi corazón a latir con vehemencia. Casi, si no fuera porque ella habló antes, pido perdón por mi boca suelta. Pero, entonces, reponiéndose, sonrió y me dijo que esa noche debía recibir la visita de su madre. Dijo algo más, pero no lo escuché. Le di las buenas noches y me marché rápidamente para que me perdiera de vista en la calle. Cuando lo hice, caminé lento y saboreé esos últimos momentos con ella. Volví a verla cuando abrió sus ojos y me miró con impresión pero sin reproche. Estoy seguro, y podría jurar por todo en lo que creo, que ella, en un segundo, llegó a pensar en decirme que sí. Además, casi podría asegurar que esa noche ella no recibiría visita y que solo fue una excusa para que yo me marchara y no notara cómo sus mejillas adquirirían el color de la tarde. Solo esa noche, por culpa de ella, fui feliz después de mucho y la sentí más cerca que nunca, por más que no la abracé como siempre en la despedida. Allí, puedo estar seguro, empecé a dejar mis tribulaciones un poco y crecí en mí una armonía con el mundo, que había perdido hacía mucho. Ahora solo me bastaba recordar ese suceso para alimentar mi mente y crear escenarios que me trajeran alegría.



A veces, mientras giraba en una esquina o estaba en el parque, ella me decía que sí podía quedarme en su hogar y yo entraba de nuevo. En otros escenarios, me convidaba ofreciéndome su mano para pasar a su hogar, y se acomodaba en el sofá palpando con su mano mi lugar, que era junto a ella. También pensaba, como degustando un postre, en que no había razón para salir a la puerta, que los dos sabíamos que yo me quedaría con ella allí, que cenaríamos y que llegaría el momento en que ella preguntaría, “¿quieres ir a dormir ya?”. Ah, todo esto pensaba y se me hinchaba el corazón sumando más posibilidades que terminaban igual. Y aunque esto no fuera cierto, me sorprendía sonriendo, luego de una locura de esas. Después continuaba mi camino, sacudiéndome para, en seguida, volver a curtirme de esos pensamientos.

Los días siguientes fueron semejantes en cuanto a mis meditaciones. Quizá aquello me producía una alegría artificial que, al final, podría ser dañina, pero yo la arrullaba como lo único que tenía. Por eso, olvidé unos días mi búsqueda y me ocupé en planear qué día visitar a Carol. Parecía fácil, pero no lo era. En mi cabeza había hecho tal escándalo, semejante alboroto, que llegué a estar seguro de que Carol, por medio de alguna lectura misteriosa de pensamiento a la distancia, se había enterado de mis elucubraciones y ahora yo era, a sus ojos, un soñador que bordeaba la locura. Pero no era solo eso, para mí tenía que, si llegaba a ocurrir algo que se saliera de la magia que había imaginado tanto, volvería entonces, como en un aterrizaje brusco, a tener la certeza de que, como sabía razonablemente, nada era así. Por eso no volví a su puerta.

Pero pronto, como siempre ocurre, ya sea para bien o no, la realidad sobrecogió lo que a su mirar es contrario, lo aplastó y lo hizo nimio. Quiero decir que, cuando más estaba soñando, en el momento en que más cercana estaba mi felicidad, justo allí se apagó, como lo irremediable, la conciliación que llevaba con la vida y el sosiego que sentía al haber dejado la lucha con ese poema

interminable. De a poco, como a quien le llega la sed, despertó dentro de mí la noción punzante del trabajo no hecho, de la terminación incompleta, del poema que se posterga. Empecé de nuevo a notar que me llamaba la atención lo que decían las personas, que me atraía la biblioteca y que, indefectiblemente, repasaba mentalmente las líneas que un día, hace mucho tiempo, había escrito con la firme ilusión, que se tiene siempre que se empieza algo, de terminarlo. Estaba otra vez como antes, y los recuerdos en los que me había refugiado tantos días cesaron paulatina, cruel, desoladoramente. Y quedé solo, de nuevo. Entonces, no tuve más que retomar mis antiguos hábitos, que más que una solución, eran para mí la distracción de lo que aún no entendía. Pero para mí, sabía que la solución tenía nombre de mujer.

Una tarde de sábado en que hacía un sol gigante, salí de mi hogar con la convicción de ir, como cada sábado, a la librería. Guardé mi lápiz, recogí del escritorio un trozo de papel que llevaba en sí un poema inconcluso, y lo guardé en mi bolsillo. Iría de nuevo a curiosear los títulos que habían llegado recientemente. El camino a la librería cruza el parque, la biblioteca y, además, la casa de Carol. Esto lo menciono porque siempre, por más que intente no hacerlo, me paro unos segundos frente a la puerta de Carol, y allí disfruto el vértigo de pensar que puede salir en cualquier momento. Luego me marcho, sintiendo su mirada en mi espalda y girando para comprobar que no es así.

Pues bien, esa tarde decidí hacer lo mismo, y me quedé allí pensando no tanto en su posible salida, sino en la extraña combinación de colores de su casa. Nunca me ha parecido prudente combinar el verde con el amarillo o café. Creo que el amarillo debería estar solo siempre, como el sol, y brillaría porque tiene fuerza propia. Pero alguien decidió embadurnar la casa de Carol con ese verde claro que asquea el amarillo de la fachada. Esto observaba, cuando sentí un cuchicheo burlón detrás de mí. No había girado todavía y ya sabía

quién era. Tampoco sabía cómo explicar mi razón de estar allí, ni esa mirada escrutadora hacia su casa. Creo que empecé a balbucear una especie de saludo nervioso para evitar la pregunta obvia, pero llegó... Creo que le dije que solo estaba de pasada y me llamó la atención que estaban las ventanas cerradas, como no es costumbre allí. No recuerdo bien qué le dije, pero estoy seguro de que notó mi turbación para responder y sonrió. Luego me invitó a pasar. Le dije sin mucha convicción que iba a la librería por algo importante, pero no me quiso oír, cruzó la calle, abrió la puerta y se giró para invitarme. Yo desistí, con gusto, claro, y entré con ella.

Ese día estaba más feliz de lo habitual, llevaba consigo una pulsera que, según me dijo, había encontrado en el café. Duró allí mucho tiempo después de encontrarla, por si aparecía su dueño, pero luego se hizo a la idea de que era para ella. Y sonreía contándomelo, esclarecía el día cada vez que alzaba su rostro sonriente y me preguntaba qué pensaba de su pulsera. No podía más que decirle que me parecía linda, no por su valor o estética, sino por quien la hacía resplandecer. Esa tarde hablamos mucho. Parecía que a nuestro encuentro lo antecedía una larga incomunicación, porque hablábamos casi sin tomar aire. Ella discutía una cosa y luego pasaba a la otra, preguntándome y preguntándose, recordándome sin decirlo que tenía algo que yo buscaba hacía tiempo. Y el papel en mi bolsillo se estremecía, se sacudía. Quizá por eso yo mismo temblaba, porque veía cerca ese final que tanto había buscado, esa desesperada salida que solo ella abriría. Por fin pondría el punto final que tanto anhelaba. Era como un desahogo. Carol abrió la ventana y a mi vida entró aire fresco. Estando ahí sentada, hablándome de cerca, brillaron sus ojos cuando le conté que ya había terminado mi poema. Me pidió que se lo mostrara y yo le pasé la hoja arrugada que había cargado tanto tiempo. Ella ya la conocía, así que miró rápidamente y buscó el espacio en el que faltaba la palabra. Como notó que no había nada, me devolvió la hoja diciéndome

que no entendía. Yo le expliqué que justo en ese momento había descubierto la palabra que le faltaba a mi poema, pero que aún no la había escrito porque, terminado, era un poema mal logrado. No tenía sentido y no valía la pena.

Y era verdad, aquel poema, que parecía una promesa maravillosa, resultó siendo la más terrible exageración de figuras poéticas y un vaivén de abstracciones exageradas, y esto lo noté cuando descubrí la palabra que le faltaba. Aunque Carol no me quiso creer, para ella yo solo bromeaba y no era así, era verdad lo que decía. Pero, por más que lo aseguraba, Carol no me dio razón y, peor que eso, empezó a reír; lo hacía porque para ella yo estaba jugando. Así que reía a gritos porque le parecía una gran broma, y yo lloraba para mis adentros porque era cierto.

Fin